



Fernanda Pérez

El hueco que deja el diablo. Reseña del libro *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, de Jorge Larrosa

El hueco que deja el diablo

Reseña del libro *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, de Jorge Larrosa

Fernanda Pérez, UNMdP | fercperez@gmail.com

181»

En su libro *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, Jorge Larrosa insiste en la idea de que la escuela debe constituirse como un tiempo y un espacio diferentes de los cotidianos. Su tesis es que más que pensar en cómo o qué aspectos la escuela deberían ser modificados, los profesores tenemos que ocuparnos de encontrar aquello que debe permanecer, porque para que pueda seguir existiendo como tal, la escuela necesita reafirmar su función privativa de ofrecer un tiempo y un lugar donde estudiantes y estudiosos se encuentren para poner a distancia los temas del mundo y poder estudiarlos.

Como el título anticipa, este libro aborda al profesor como tema y para poder definir qué es (o qué debería ser un profesor), resulta indispensable desarrollar el concepto de qué es (o qué debería ser) la escuela. Es entonces cuando, tomando una cita de Italo Calvino como metáfora para pensar el contexto de la escuela,

explica que hay solo dos maneras de vivir en el infierno en que estamos inmersos y no sufrirlo. La primera es aceptarlo y volverse parte de él. La otra, es «buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure y dejarle espacio». (Larrosa, 2019:31) Es sobre esta segunda posibilidad por la que aboga el autor.

Esta y otras metáforas tomadas de la literatura dan lugar a un texto que, fiel al estilo de Larrosa, incursiona en temas controversiales de un modo poético. La belleza del tono que asume la voz autoral y las estrategias discursivas de las que se vale le permiten presentar amablemente y ofrecer a la conversación algunas provocaciones, algunos cuestionamientos reaccionarios que merecen ingresar al debate académico. Él mismo se presenta como reaccionario en tanto resiste (y propone la resistencia) al progreso que inevitablemente implica el devenir de algunas posturas pregnantas como la premisa de que en la escuela los niños deben aprender a aprender o el postulado de los entornos educativos y la potencialidad de aprender en otros espacios diferentes de la escuela, que pretende mostrarla como una institución obsoleta. Como otras invenciones griegas (la democracia y la filosofía), dice Larrosa, la escuela no puede ser evaluada en términos de eficacia porque «el profesor no persigue resultados, sino que provoca efectos» (Larrosa, 2019: 25).

Su defensa de la escuela se sostiene en la impronta escolar de propiciar la emancipación de los niños de sus familias, de su religión, de su cultura, de su época. En este sentido pone en cuestión la corriente de-colonialista que se ha instalado como una moda y un *deber ser* académico en Latinoamérica y que se ha convertido, finalmente, en una nueva modalidad colonialista. Porque el rol de

la escuela, según Larrosa, es ofrecer ese tiempo y ese espacio con reglas propias, que permitan desnaturalizar la cotidianidad y mirarla a distancia. Es decir, brindar la posibilidad de estudiar, que no es una tarea fácil porque implica «crear y recrear y no repetir lo que otros dijeron. Estudiar es un deber revolucionario» (Larrosa, 2019: 281).

Para construir ese espacio y hacerse tiempo, el autor se permite algunas analogías de la escuela como enclave, refugio, asilo, madriguera, entre otras. Todas remiten a la contención y el cuidado; todas ponen en valor el muro desestimando su función de condenar al aislamiento y ponderando, en cambio, la de dique o barricada. Lo que se conserva en la escuela es lo común. Como respuesta a quienes proponen que la escuela debe distinguir las diferencias, él sostiene que su valor es igualar: todos son iguales en tanto que estudiantes; es necesario suspender las diferencias, desactivarlas, para que no se conviertan en determinantes o condicionantes de las subjetividades.

La figura autoral en este libro merece un párrafo aparte, ya que el enunciador es el profesor y su texto no es otra cosa que una clase en la cual va desplegando aquellas prácticas que le corresponden en tanto profesor:

La primera, la selección de los textos o, dicho de otro modo, la selección de los objetos cuyo estudio vale la pena. La segunda, la reglamentación del estudio, es decir, la invención y la puesta en marcha de las disciplinas, los ejercicios y las formas de atención (modos de leer) con las que relacionarse con esos objetos. La tercera, la regulación de la conversación, es decir, de

la lectura pública y en público en la que los significados son explícitamente compartidos en una forma argumentada y crítica. (Larrosa, 2019: 170)

En la primera parte del libro, entonces, selecciona bibliográfica, la comenta, expone su lectura, la desarrolla y, a veces, también, la pone en cuestión; propone ejercicios, muestra cómo otros profesores –en rol de estudiantes–, en algunas otras situaciones, han resuelto esos mismos ejercicios, reflexiona sobre esas respuestas; propone películas, libros, ofrece anécdotas para mirarlás como estudiándolas. El lector –que es esperable que en muchos casos sea también profesor– entra rápidamente en el juego y es así como puede tomar distancia de su propio quehacer de profesor y convertirlo en objeto de estudio.

En la segunda parte del libro cambia la estrategia discursiva y lo que se presenta es el después de clase (o el antes de clase), es decir, las conversaciones entre profesores ocupados y preocupados por un mismo tema. Aquí Larrosa abre el juego a sus colegas y les propone pensar y discutir sobre algunos de los tópicos que ha teorizado en la primera parte. A veces se trata de un intercambio epistolar, a veces del relato de alguna conversación en el café o en el restaurante, dándole vueltas a los planteos que los estudiantes han presentado en clase o revisando las respuestas que el profesor dio a esos interrogantes. No rehuye al disenso ni al conflicto, en cambio, los asume como posibilidad para la refutación. Tal vez por eso, en algún sentido, este libro logra su cometido y se ofrece al lector como el hueco que deja el diablo.

Datos de autora

Fernanda Pérez

Profesora en Letras, Universidad Nacional de Mar del Plata, magister en Enseñanza de la Lengua y la Literatura, Universidad Nacional de Rosario. Se desempeña como formadora de formadores en el ISFD Nº 19, en el Profesorado de Educación Primaria. Ha asumido la dirección pedagógica de la publicación especializada *Ateneo Educativo* desde su creación. Fue asesora pedagógica del Documento de Políticas Educativas de General Pueyrredón. Ha publicado en colaboración libros y artículos sobre la enseñanza de la Lengua y la Literatura.